

# Tiéntame

Elena Montagud



**tombooktu.com**

[www.facebook.com/tombooktu](http://www.facebook.com/tombooktu)

[www.tombooktu.blogspot.com](http://www.tombooktu.blogspot.com)

[www.twitter.com/tombooktu](http://www.twitter.com/tombooktu)

#tientame

**Colección:** Tombooktu Erótica  
www.erotica.tombooktu.com  
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:  
www.nowtilus.com  
Si eres escritor contacta con Tombooktu:  
www.facebook.com/editortombooktu

**Título:** *Tiéntame*  
**Autor:** © Elena Montagud

**Elaboración de textos:** Santos Rodríguez  
**Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter

**Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez  
**Maquetación:** Patricia T. Sánchez Cid  
**Diseño de cubierta:** produccioneditorial.com  
**Imagen de portada:** Istockphoto

Copyright de la presente edición en lengua castellana:  
© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.  
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

**ISBN Papel:** 978-84-15747-50-5  
**ISBN Impresión bajo demanda:** 978-84-9967-666-1  
**ISBN Digital:** 978-84-9967-667-8  
**Fecha de publicación:** Noviembre 2014

Impreso en España  
**Imprime:** Servicepoint  
**Depósito legal:** M-27284-2014

Para todas las lectoras que están esperando *Tiéntame*.  
Para las tentadoras que estuvieron desde un principio,  
para las que se unieron después y para las que llegarán.  
Para todos. Gracias.

# Índice



Capítulo 1 .....	11
Capítulo 2 .....	17
Capítulo 3 .....	29
Capítulo 4 .....	37
Capítulo 5 .....	45
Capítulo 6 .....	55
Capítulo 7 .....	69
Capítulo 8 .....	81
Capítulo 9 .....	89
Capítulo 10 .....	103
Capítulo 11 .....	117
Capítulo 12 .....	131
Capítulo 13 .....	141
Capítulo 14 .....	151
Capítulo 15 .....	161

Capítulo 16 .....	171
Capítulo 17 .....	181
Capítulo 18 .....	193
Capítulo 19 .....	207
Capítulo 20 .....	217
Capítulo 21 .....	229
Capítulo 22 .....	243
Capítulo 23 .....	259
Capítulo 24 .....	271
Capítulo 25 .....	283
Capítulo 26 .....	297
Capítulo 27 .....	309
Capítulo 28 .....	321
Capítulo 29 .....	333
Capítulo 30 .....	343
Capítulo 31 .....	355
Capítulo 32 .....	365
Capítulo 33 .....	375
Capítulo 34 .....	385
Epílogo .....	395

# 1



—**Q**oy a hacerlo —intento que mi voz parezca firme pero tiene un matiz tembloroso.

Cyn, mi compañera de piso, gira sus enormes ojos azules hacia mí y me mira con el ceño arrugado. Sostiene en sus manos una revista de cotilleos y al acercarme veo que ha estado leyendo una entrevista al actor de la aclamada *Cincuenta sombras de Grey*. Pongo los ojos en blanco. Lleva obsesionada con su protagonista masculino desde que leyó la novela por primera vez. Se pasa los días preguntándose si algún día encontrará a un hombre como ese. En ocasiones llega a ser bastante irritante y para molestarla le repito una y otra vez que no, que no existen chicos así y que si lo hicieran, el mundo se iría al traste. Lo cierto es que es muy divertido verla maldecirme por lo bajito cada vez que le doy la funesta noticia.

—¿Estás segura? —me pregunta. Parece preocupada.

En cierto modo, yo también lo estoy, aunque eso es algo tremendamente normal en mí y curiosamente extraño en ella. Al final va a ser cierto lo de que se preocupa por mí. Cyn y yo compartimos piso desde el primer año de universidad y este es el último para las dos. En los dos primeros casi nos tirábamos de los pelos porque somos demasiado distintas. Ella es una de esas chicas que esperan a su príncipe azul y que no saben quedarse un fin de semana sin conocer a un nuevo chico. Esa actitud me molestaba al principio, pero poco a poco

fui cogiéndole cariño y ahora no sabría vivir sin sus lloriqueos cuando la dejan. Entonces me convierto en su profesora y en su pañuelo y me siento bien. Siento como que soy imprescindible para alguien.

Esa es una de mis características y, la mayoría de veces, la odio. Siempre quiero salvar a los demás. Es decir, cuando veo a alguien desvalido por cualquier motivo, intento ayudarlo. Alguna que otra vez me he metido en un lío y he acabado yo hecha polvo, pero todavía no he aprendido a solucionarlo. Cyn considera que es algo que me convierte en una persona adorable. Sin embargo, si hay algo por lo que todavía me tiene un poquito de rencor es por mi odio constante hacia la especie masculina. A ver, tampoco es odio. No es que yo sea una monja de clausura. Simplemente es que los estudios me tienen demasiado agobiada porque quiero llegar a ser investigadora en la universidad.

Y esa es la causa por la que Cyn y yo estamos manteniendo esta conversación. Hace una semana el alma se me cayó a los pies cuando me enteré de que me habían denegado la beca de este año. Maldije al gobierno, a la crisis y a mí misma por no haber conseguido aún un empleo estable. No podía pedir el dinero a mis padres porque ellos estaban peor que yo. Revisé mi cuenta bancaria una y otra vez: tan sólo necesitaba doscientos euros para cubrir los gastos de matrícula. Pero, ¿de dónde iba a sacar yo ese dinero en una semana?

Me puse a buscar por Internet ofertas de empleo como una loca. Como era de esperar, ninguna pagaba a la semana y, por otra parte, ¿iba a pedir en mi segundo día de trabajo un adelanto del sueldo? Aun así, continué navegando esa noche sin dormir siquiera y, sin saber cómo, encontré un anuncio en el que se buscaba una chica normal para una sesión de fotografía. Pagaban ciento cincuenta euros. Yo podía conseguir los cincuenta restantes de algún modo. Vale, se requería una chica normal. Y pensé que yo podía entrar dentro de ese parámetro, aunque no entendí muy bien a qué se refería. Cuando se lo comenté a Cyn, puso el grito en el cielo: podía tratarse de un psicópata que buscaba a chicas para violarlas y luego dejarlas en una cuneta con un tiro en la nuca. Tras esto,

deseché inmediatamente la idea como consumidora habitual de películas de terror que soy. Pero pasaron dos, tres días y no encontraba nada.

Así que, aquí estamos. Esta mañana he llamado al número que aparecía en el anuncio y me han citado para esta tarde. Me ha parecido bastante repentino, pero no tengo salida. ¡Necesito el dinero! No puedo quedarme un año sin estudiar porque soy la mejor de mi promoción y quiero conseguir, el año que viene, entrar en el departamento de uno de mis tutores.

No voy a hacer caso a Cyn me diga lo que sea. Voy a ir al lugar al que me han citado y si se me antoja peligroso, daré media vuelta y todo solucionado.

—Está bien —dice en ese momento, sacándome de mis pensamientos. Tira la revista a un lado del sofá y se levanta—. Pues te acompaño.

—¿Para qué? —pregunto con mala cara.

—¿Para qué va a ser? —Se dirige a su habitación para cambiarse y continúa hablándome desde allí—. Con tu aspecto, voy a tener que protegerte.

Me echo un vistazo. Vale, no soy una persona que imponga demasiado. Pero sé defenderme yo solita, en serio. Que tenga veinticuatro años y aparente ser una chiquilla no quiere decir nada. Las chiquillas también pueden pegar una patada en sus partes a un hombre, ¿no?

—Bueno, pero te esperas fuera —respondo, sacando mi pinta labios rojo del bolso.

Me pinto los labios en el espejo de la entrada y miro la imagen que me devuelve una sonrisa desde atrás. Sí, mejor que Cyn se quede fuera. Su cabello largo y moreno, sus grandes ojos azules y su piel tostada pueden ser un obstáculo para mí. Sólo faltaba que la vieran y la prefirieran a ella.

—¿Vamos?

Antes de que pueda contestar ya ha abierto la puerta y está bajando las escaleras como un bólido. Cierro con llave y la sigo con un suspiro. Ya en la calle el aire frío nos azota en el rostro. Estamos casi en marzo, pero este año el invierno no parece querer dejarnos. Miro a Cyn y me pregunto cómo puede ir con esa minifalda y la chaquetita que apenas le cubre hasta la



cintura. Yo, en cambio, llevo un abrigo que me llega hasta las rodillas, una bufanda de lana y capas y capas de ropa. No me gusta pasar frío.

—¿Y dónde queda eso?

A medida que caminamos, nos encontramos con hombres que miran de reojo a Cyn o, los más atrevidos, se giran una vez hemos pasado. Yo agacho la cabeza y me siento un poco invisible. Tampoco es que quiera ir despertando pasiones; me da bastante igual que un chico me mire o no, pero es un poco incómodo que sea tu amiga la que se lleva todas las atenciones.

—Tus padres podrían habértelo prestado.

—A ver, ¿no te he dicho ya que no pueden? —Me meto las manos en los bolsillos y camino más rápido para ahuyentar el frío.

—Joder, tía, no debería haberme comprado esos zapatos —Hace un mohín de disgusto con sus bonitos labios—. No vas a querer ser mi amiga más.

—Cyn, ya sé que me lo habrías dejado si pudieses.

Minutos después nos acercamos a un cruce de calles alejadas del centro. Me saco el papelito arrugado donde apunté la dirección y miro el letrero de la pared.

—Pues es esta —digo.

Cyn estira el cuello y se queda mirando con detenimiento la alargada y estrecha calle. No parece estar muy limpia y tampoco los edificios tienen muy buena pinta.

—¿Seguro que es aquí? —Me arranca el papel de las manos y lo lee—. Vale, ¿te crees ya lo que te dije?

—No me pongas nerviosa —murmuro. Pero no es necesario que diga nada porque ya lo estoy desde que llamé y me dieron cita—. No me va a pasar nada.

Entro en la calle y voy mirando los números. De uno de los edificios salen los gritos de una mujer que parece discutir, quizá con su marido. Cyn me mira de reojo, pero yo la ignoro. Al fin, me detengo ante la finca que pone en mi papel.

—Aquí es.

Por fuera parece muy vieja, pero dentro puede que esté un poco más cuidada. Cojo aire, miro a mi amiga y por fin me decido a llamar al timbre. Nadie contesta, pero segundos

después me abren la puerta. El sonido metálico que hace me asusta y doy un brinco.

—¿Subo contigo? —me pregunta Cyn.

Niego con la cabeza. Sí, puede que esté siendo una estúpida, pero es que no quiero que me quite este posible trabajo. Vale que en el anuncio dijeran que querían una chica normal, pero si ven a Cyn me dan un empujón y se olvidan de mí en cuestión de segundos.

—Pues si pasa algo, grita —me dice, dándome un efusivo abrazo como si no me fuera a ver nunca más—. Mira, haz una cosa: cuando estés arriba, si todo va bien, hazme una perdida. Si en diez minutos no me la has hecho, llamaré a la policía.

—Vale —acepto.

Me suelto de su abrazo y me meto en el portal. Es de día pero allí adentro está más oscuro que en la cueva del lobo. Tanteo para buscar la luz y cuando la encuentro y aprieto, no ocurre nada. No, si todo parece estar en mi contra. Y mi cabeza ya se ha puesto a pensar en todas las situaciones terroríficas de las cientos de pelis de terror que he visto. Pero me obligo a subir repitiéndome una y otra vez que necesito la pasta. ¿Estoy equivocándome? ¿Voy a pisar el siguiente escalón y me voy a encontrar con un tipo harapiento que me tatará la boca y me encerrará en un cuartucho?

Alzo la vista y diviso una lucecilla en el siguiente piso. Es ahí. Los nervios han empezado a hacer de las suyas y noto un retortijón en las tripas. Bueno, también lo oigo, como para no hacerlo.

—¿Es usted Sara Fernández? —Una voz me sorprende.

«Mierda, ¿habrá oído cómo me rugía el vientre?», pienso con los labios apretados.

—Sí, sí —contesto de inmediato.

Termino de subir las escaleras hacia la luz, con la vergüenza dibujada en la cara. Cuando llego y lo veo, todavía me siento más abochornada.

Apoyado en el marco de la puerta me espera un hombre joven, de unos veintiocho o treinta años. Tiene el pelo castaño revuelto y una expresión desenfadada en el rostro. Sonríe y se le marcan unos adorables hoyuelos en las mejillas. Todavía no

le puedo ver bien los ojos por la penumbra, pero creo que los tiene azules. Lleva un pantalón vaquero ajustado y una sencilla camiseta de manga corta de color blanco. Sostiene entre sus manos una cámara fotográfica.

No puedo evitar darme cuenta de que es excitantemente atractivo.

## 2



—Soy Abel. Hemos hablado esta mañana por teléfono.  
—Alarga una mano para presentarse.

Pero yo me he quedado plantada allí. No puedo mover ni un sólo músculo. No puedo fijarme en otra cosa más que en su espectacular cuerpo. Espera, ¿soy yo la que está usando expresiones como excitantemente atractivo, adorables hoyuelos y espectacular cuerpo? ¿Desde cuándo actúo como una niña tonta ante un hombre, por muy guapo que sea?

—¿Sara? —Mi nombre en sus labios hace que sienta una extraña palpitación en el pecho.

—Perdón. —Aún no sé cómo he podido articular palabra. Aunque tampoco es que esté diciendo mucho, la verdad.

—¿Entras? —Se aparta de la puerta para dejarme paso.

Continúa sonriendo y esos hoyuelos se marcan cada vez más. Al pasar por su lado, sin querer, rozo su torso con mi brazo y se me escapa un suspiro. Está muy fuerte. Y me pasa algo en el cuerpo, pero no sé qué es. Tengo calor. Vale, puede que sí sepa lo que es. Pero no, esto no es normal en mí. Nunca lo ha sido. Yo no me dejo llevar por el físico de un hombre. Hace mucho tiempo que no siento atracción por ninguno, por muy bien que esté. Pero es que con este chico es diferente; tiene algo que no sé descifrar y que hace que me cosquilleen hasta las palmas de las manos.

Me adelanto por un pasillo con paredes llenas de fotos de todo tipo: en ellas aparecen hombres, mujeres, animales, lugares hermosos. Aunque no tengo ni idea de fotografía, me doy cuenta de que son buenas. Pero espera, todavía puede ser un psicópata, ¿no? ¿Y si esas mujeres que salen en sus fotos ahora están tiasas en algún lugar desconocido?

—Quítate el abrigo.

Me sobresalto al escuchar su voz a mi espalda. Me doy la vuelta y lo veo muy cerca de mí, casi rozándome. Alzo la mirada para encontrarme con la suya. ¿Es que nunca deja de sonreír? Creo que le divierte ver que estoy asustada y nerviosa. Y a todos los psicópatas les excita algo así.

—Dámelo. Yo te lo guardo. —Estira las manos y se pone a desabrochar los botones de mi abrigo.

Me aparto con brusquedad y una expresión interrogativa en el rostro. Él se encoge de hombros y me mira con sus pupilas burlonas. Ahora que estamos bajo la luz de la bombilla, puedo ver perfectamente sus ojos. Son de un azul intenso y no puedo mirarlos más que unos segundos porque me noto traspasada. Es como si atravesara mi piel con esos ojos de mirada salvaje y se introdujera en mi alma.

—Ya me lo quito yo —digo, con un nudo en la garganta.

Me saco el abrigo con rapidez y lo doblo para sostenerlo entre mis brazos. Cuando me doy cuenta y sin darme tiempo a protestar, él ya me lo ha quitado junto con mi bolso y los lleva hasta la entrada para dejarlos colgados tras la puerta. Cuando levanta los brazos puedo observar su trasero marcado en los vaqueros. No he visto en mi vida un culo tan perfecto.

—¿Pasa algo?

Me pongo roja como un tomate. Mierda, estoy segura de que se ha dado cuenta de dónde se encontraba mi mirada. Pero a él le sigue pareciendo gracioso. Sí, debo de parecer una chica muy simple actuando así, aunque estoy segura de que la mayoría de sus modelos han hecho más de lo mismo. Este chico parece estar tan seguro de sí mismo que cualquiera se sentiría atraída.

—Ven conmigo. —Me apoya una mano en el hombro y me dirige hacia el final del pasillo.

Procuro no mirarle a la cara porque no quiero parecer una tía babosa. Pero lo cierto es que al final acabo cayendo y de reojo observo su atractivo perfil. Tiene también una bonita nariz y una nuez un poco marcada. Me descubro pensando en cómo será besarla. Agito la cabeza para deshacerme de esos pensamientos. ¿Puedes dejar de imaginar tonterías?

Abre la puerta del final y pasamos a una especie de estudio. No es muy grande, pero supongo que le sirve para las fotos de personas que he visto en el pasillo. Está todo pintado de blanco con un fondo curvo y se encuentra perfectamente iluminado. Tan sólo hay una silla negra de gran belleza y con aspecto de ser antigua.

—¿Qué vas a hacerme? —No se me ocurre preguntar otra cosa.

Ahora sí que debo parecerle una estúpida porque se le ha borrado la sonrisa y su expresión es seria y pensativa. Cruza un brazo sobre el pecho y se rasca la barbilla.

—¿Quién te crees que soy? —Su tono es ahora duro. La verdad es que prefería el de antes, pero tengo que reconocer que la culpa es mía.

—Pues... nada, que cómo vamos a hacer las fotos —digo, intentando resolver de algún modo la metedura de pata.

Parece dudar hasta que, por fin, retorna la sonrisa. Dios mío, qué hoyuelos. Tengo que reconocer que es una de las cosas que más me gustan en un chico. Pero bueno, da igual, no sé qué hago pensando todo el rato en eso si alguien como él no se va a fijar jamás en mí.

—Date una vuelta —me ordena.

Arqueo una ceja pero obedezco. Me siento un poco cutre con mi ropa, aunque en el anuncio se pidiera expresamente una chica normal. Pero supongo que mis *leggings* negros y mi jersey con la cara de un osito en el centro no resultan demasiado cautivadores para la cámara. Mientras doy un par de vueltas él me observa con detenimiento, pasándose un dedo por el labio. Ese gesto resulta demasiado *sexy*.

—De acuerdo —dice.

—¿Me coges para la sesión? —pregunto con los ojos como platos.

—Sí, eres adecuada para lo que busco —responde. ¿Para lo que busca? ¿Y qué es eso?

Va hacia la cámara y empieza a trastear con ella. Yo me quedo plantada allí, sin saber muy bien qué hacer, ni cómo colocarme. No puedo evitar preguntarme qué carajo hago en este sitio. ¡Ni siquiera soy buena posando! Se va a dar cuenta en cuanto me pida que haga alguna postura o ponga alguna cara.

Escucho el timbre. ¡Mierda, se me ha olvidado hacerle la perdida a Cyn! Doy unos saltitos para llamar su atención y decirle que voy a coger el bolso pero no me hace ni caso y sale del estudio. Confundida, hago más de lo mismo y le sigo. Espero encontrarme a mi amiga tras la puerta pero, cuando la abre, aparece un chico más o menos de mi edad, también bastante guapo, aunque es el tipo de belleza que no suele gustarme en un hombre. Demasiado rubio, demasiado pijo y demasiado creído. Lo noto con apenas unos gestos.

Abel le hace pasar y yo les miro intentando decir algo. Me vuelve a coger del hombro y me arrastra por el pasillo. Oh, ¿entonces Cyn tenía razón? ¿Voy a ser ultrajada por estos dos tipos? No importa que sean unos dioses del Olimpo si yo voy a sufrir un escarnio.

—Perdona, pero tengo que llamar a...

—Tengo un poco de prisa. Marcos siempre llega tarde. —Fulmina con la mirada al otro chico que acaba de llegar.

—Tío, si es que siempre hay atascos a estas horas —se disculpa el tal Marcos.

—Pues sal antes de casa.

Volvemos a entrar en el estudio y Abel cierra la puerta tras de sí. Marcos se coloca ante la cámara y yo no sé dónde ponerme.

—Ve con él —Me indica Abel.

Me acerco con la mirada fija en el suelo. Una vez más mi cabeza se pregunta qué hago allí y por qué este hombre me ha elegido para su sesión fotográfica con otro tío que parece sacado de una película de adolescentes que se lucen sin camisa.

—¿Entonces vamos a hacerlo con ella? —pregunta Marcos, que me está mirando con el gesto torcido.

Yo arrugo la nariz y le devuelvo la mirada. No parece que le haga mucha gracia, así que llego a la conclusión de que está acostumbrando a posar con otro tipo de mujeres. Pero mira, Abel puso en su anuncio que quería chicas normales. Normales. Y si este musculitos no entiende esa palabra, que se aguante.

—Marcos, ponte de lado. Tú, Sara, también. Apoyad espalda contra espalda y agarraos de las manos.

Intento hacer lo que Abel me dice pero, en cuanto noto los músculos de Marcos contra mi cuerpo, me pongo tensa. Y a saber la cara que estoy poniendo.

Abel está mirando a través de la lente pero, al cabo de unos segundos, alza la vista. Se está mordiendo el labio inferior y se rasca la barbilla.

—No. Así no funciona —rumia—. Mejor ponte tras ella y tú, Sara, apoyas tu cabeza en su pecho.

—Mmm... —murmuro. No me está haciendo nada de gracia esto. Tengo ganas de salir por patas. Pero joder, ¡que necesito la pasta!

Así que, Sara, déjate de remilgos y posa. Posa por tu madre. Sólo serán unos minutos y después te darán la pasta y todos tan felices. Me sitúo tal y como Abel me ha dicho y vacío la mente para olvidar que tengo el cuerpo fornido del musculitos detrás de mí. Durante unos diez minutos, Abel nos retrata en unas cuantas poses, todas ellas bastante románticas. Y no ha sido tan difícil, aunque todavía no sé cómo he podido controlar el sudor. Entre los focos y mis nervios, me he muerto del calor.

—Vale, ya está —dice Abel.

Sonríó para mis adentros y me felicito por haber aguantado tan bien. Me he portado como una campeona y he ganado ciento cincuenta euros en un rato. Si esto es siempre así, quizá tenga que pensarme el participar en algún otro proyecto. Aunque seguramente no me quieran para ningún otro. A lo mejor lo que pasa es que Abel es uno de estos tipos raros a los que les gusta hacer obras experimentales



y quiere hacer una sesión para contraponer la normalidad con la belleza. A saber qué les pasa por la cabeza a este tipo de gente.

Nos deja solos a Marcos y a mí. Supongo que habrá ido por mi dinero.

—¿Es tu primera vez? —me pregunta Marcos.

Dudo qué contestar. En realidad, no se me da bien mentir y está claro que se ha notado que soy una novata en esto. Si parecía el palo de una escoba los primeros cinco minutos.

—Sí. Necesitaba la pasta —respondo.

Él me mira con un gesto extraño. ¿Y qué esperaba? ¿Que fuese una modelo de pasarela?

—Abel paga bien, ¿eh?

Asiento y me doy la vuelta para observar la nada de la habitación. No me apetece hablar con este estúpido que me mira como a un bicho raro. En ese momento entra Abel con una bolsa colgando del brazo.

—Marcos, siéntate en la silla y ponla en tu regazo. Quiero ver cómo queda.

El otro asiente y me coge del brazo. Me acerca a él y me sienta en sus piernas. Doy un bote como si me hubiese quemado y el tío se encoge de hombros, asustado. Abel chasquea la lengua y se arrima a nosotros. Le hace un gesto a Marcos para que se levante de la silla y ocupa él su lugar.

—¿No puedes ser un poco más seductor y menos rudo? —le pregunta muy serio.

Me agarra de la cintura y en cuestión de segundos me sienta sobre él en una postura que ni yo misma me habría imaginado. Tengo la espalda apoyada en su pecho y puedo escuchar perfectamente cómo le late el corazón. Me pongo más nerviosa cuando noto sus dedos en mi cuello y me echa la cabeza hacia atrás, apoyando mi mejilla en la suya. Le huelo. Es una mezcla de hierbabuena con limón. Es un olor fresco y a la vez salvaje. Se me acelera la respiración cuando sus dedos bajan por mi garganta, acariciándola suavemente. Pasa algo. Lo siento en cada rincón de mi piel. Es una sensación que jamás había tenido. Me sube un ardor desde los pies hasta los muslos.

—Quiero esto. Quiero que la toques así para que se vea en la foto. ¿Lo entiendes?

Su aliento cálido me roza la mejilla y contengo la respiración. Tiene la otra mano apoyada en mi cintura y me la aprieta con suavidad. Entonces acerca sus labios a mi pómulo y me roza con ellos. Se me escapa un suave gemido.

—Y luego te pones así, como si quisieras besarla —continúa explicándole a Marcos—. La deseas, ¿entiendes? Tienes que transmitirlo.

Miro de reajo al musculitos. Tiene una expresión de concentración. Pobrecillo, en el fondo le entiendo. No le atraigo nada. Pero se supone que se dedica al modelaje así que, que actúe. Aunque supongo que es difícil hacerlo tan bien como lo hace el chico que tengo a mi espalda, sosteniéndome con sus fuertes manos. Casi me parece que me desea de verdad...

Me aparta con un poco de brusquedad y yo trastabillo. Continúo un poco atontada después de lo que ha sucedido. Dejo que el cabello me tape el rostro porque estoy un poco avergonzada. Y... también excitada. Noto que me arden las mejillas.

—A ver, Marcos, prueba tú ahora.

Y otra vez me veo en la misma situación que antes, aunque no es para nada igual. No hay esa vibración que he sentido cuando Abel ha puesto su mano en mi cuello y ha rozado sus labios en mi cara.

—Vale, no está mal —acepta, mirando a través de la lente.

Coge la bolsa y me la entrega. Me quedo mirándole sin entender nada y él me insta a abrirla y sacar lo que hay dentro. Cuando veo lo que es, me atraganto con mi propia saliva y me pongo a toser. Es un minúsculo vestido de colegiala, con su faldita y su corbata y todo.

—¿Qué es esto?

—Póntelo —me dice.

Observo una vez más el mini vestido y niego con la cabeza, devolviéndole la bolsa.

—No.

—¿Cómo que no?

—No estoy dispuesta a hacer ese tipo de fotos —me giro y veo con asombro que Marcos ya se había quitado la camisa y está sentado en la silla en una pose antinatural, como queriendo lucirse.

—¿Qué tipo de fotos?

—Pues... ya sabes. Fotos para hombres.

Abel me mira muy serio y, al fin, suelta una carcajada. Sus ojos azules se han oscurecido y ya no parece tan simpático como antes. Pero, a pesar de la dureza de su mirada, no puedo evitar pensar en el tacto de sus dedos contra mi piel. Ha sido tan diferente a todo lo vivido anteriormente que con tan sólo recordarlos se me acelera el pulso. Pero no. Tengo un límite. Y no voy a posar con ese vergonzoso atuendo.

—Venga, no seas tonta y ponte la ropa —dice.

Vuelvo a negar. Marcos nos mira con una sonrisa desde la silla. Se lo estará pasando bien con esta escenita. Estaba claro que yo no le gusto como compañera. Pues ale, ya puede quedarse tranquilo que yo me voy de aquí. Le doy la bolsa a Abel y me dirijo a la puerta.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —me pregunta.

—Pues irme. ¿Es que no lo ves?

—Creí que querías hacer esto. ¿Para qué me has llamado entonces? —Se cruza de brazos.

—Y lo he hecho. Bueno, hasta cierto punto —digo, abriendo la puerta—. Pero es que no sabía que iba a tratarse de este tipo de fotos.

—Si quieres dedicarte a esto, tienes que estar preparada para cualquier cosa —Se acerca un poco a mí.

—Pues lo siento, pero no quiero dedicarme a esto —Salgo al pasillo—. Sólo necesitaba la pasta, pero da igual.

A mitad del recorrido me agarra del brazo y me impide continuar avanzando. Me giro hacia él y le miro malhumorada.

—Perdona, ¿me puedes soltar?

—¿No puedes dejar tu orgullo de lado y quedarte?

—Ya te he dicho que no.

Me suelta y yo sigo mi camino a la puerta. Agarro el abrigo y me lo pongo. Intento alcanzar el bolso, pero no llego.

Noto una presencia a mi espalda. Es él, y está ayudándome a coger mi bolso. Me roza a propósito, estoy segura. Pero me gustaría que no se separase. ¿Qué cojones estoy pensando? ¡Lo que tengo que hacer es largarme de aquí! Será un artista, pero ese tipo de fotos son de uno vulgar.

Me entrega el bolso sin dejar de mirarme y sé que si yo lo hago durante mucho más estaré perdida. Así que escarbo en el bolso y saco el móvil. Mierda, diez llamadas perdidas, todas ellas de Cyn, por supuesto. Las borro, guardo el teléfono e intento sonreír.

—Perdona, en serio. Pero bueno, seguro que tienes a muchas otras modelos.

—Pero te quiero a ti —responde.

Me quedo muda. No puedo creer que haya dicho eso. ¿De verdad este hombre escultural me está diciendo eso a mí?

—Seguro que hay muchas mejores que yo para eso —respondo con la voz entrecortada.

Él se queda callado durante unos instantes.

—No —niega. El pulso se me acelera hasta que añade a continuación—: Tú no tienes apenas pecho. Tienes cuerpo y cara de niña. Me vienes al pelo para lo que quiero.

Nada más escuchar esas palabras siento que ardo de indignación. ¡Pero será capullo! ¿Ha insinuado acaso lo que creo? ¿Cómo me he dejado cegar por semejante maleducado? Me cuelgo el bolso al hombro y le fulmino con la mirada. Él no parece darse cuenta de ello. Intenta agarrarme una vez más del brazo, pero logro zafarme y abrir la puerta.

Cyn se cae sobre mí. Mi amiga tiene el rostro congestionado y me abraza con fuerza soltando grititos. Parece muy asustada.

—¿Pero estás loca o qué? ¡Te he llamado tropecientas veces! Habíamos quedado en que me harías una perdida si todo andaba bien. ¡Si he llamado hasta a la policía! —me grita, zarandeándome. Pero entonces mira por encima de mí y se queda callada. Vale, ha descubierto a Abel—. ¡La madre que me parió! —la oigo gritar.

—Venga, vamos —le digo—. Luego te contaré.

—Para que me digas que no existe un Christian Grey —me cuchichea al oído—. ¡Si este es mejor y todo!

Le dedica una sonrisa llena de dientes blancos. Oh, vaya, ahora es cuando él caerá rendido a los pies de mi amiga. Le pedirá el número de teléfono o algo así. Alzo la vista malhumorada, porque lo único que quiero es marcharme de allí, pero descubro con asombro que no parece estar interesado en Cyn. Continúa mirándome a mí y mis pensamientos vuelan otra vez al mirar sus manos.

—¡Oye! —exclama ella en ese momento, señalándolo—. Pero si tú eres Abel Ruiz, ¿no?

Él asiente sin dejar de mirarme.

—¿Quién? —pregunto.

—¿Cómo que quién? ¿En qué mundo vives, Sara? —Cyn me regaña con la mirada—. Abel es uno de los mejores fotógrafos de su generación. ¡Tía, que les ha hecho fotos hasta a famosos!

Me encojo de hombros. La verdad es que nunca me ha interesado la fotografía, así que no tengo ni idea. Y, de todos modos, me da igual. Será un fotógrafo estupendo y todo lo que quieran, pero yo no voy a vestirme de colegiala para que otros babeen al mirar las fotos. Así que agarro a Cyn del codo y la saco de allí. Me giro hacia Abel y me disculpo una vez más.

—En serio, lo siento.

Él va a decir algo porque le veo separar los labios, aunque se lo piensa mejor y se mantiene callado. Cyn y yo bajamos las escaleras a trompicones y, cuando por fin estamos abajo, escucho cerrarse la puerta y algo en mi interior se descoloca. ¿Por qué ahora me siento tan mal? Salimos a la calle y mi amiga empieza a parlotear como una loca.

—Joder, nena, en las fotos parecía guapo, ¡pero es que está como un tren en persona! ¿Te has fijado en los ojos que tiene? ¿En esa mirada tan caliente...? ¡Y te miraba a ti!

En realidad no la estoy escuchando porque sólo puedo pensar en el momento en que he estado sentada encima de él, con sus manos sobre mi cuerpo y sus labios tan cerca de mí. Hace más de un año que no estoy con un hombre, pero

sé que no ha sido sólo por eso, ya que sé contenerme y tampoco es algo que necesite. Pero ha sido distinto. Ha sido... como una explosión en mi interior.

Cuando giro la cabeza y alzo la vista lo descubro asomado en uno de los balcones. No puedo descifrar su expresión, no sé si está enfadado o defraudado.

En todo caso, ¿qué importa? Jamás voy a volverlo a ver.

### 3



Nada más llegar al piso, Cyn se puso a gritar y a hablar consigo misma. Seguramente estaba enfadada porque durante el trayecto de vuelta a casa le dije que no abriera la boca a riesgo de que me mudara de piso.

—¡Pero tienes que contarme lo que ha pasado! —se quejó—. ¿Cuánto te ha pagado?

Y hasta ahí llegó la conversación porque me mantuve callada y, mientras ella despotricaba contra mí, yo me encerré en el baño dispuesta a darme una ducha. Y enjabonándome descubrí que estaba pensando en el maldito fotógrafo, en sus salvajes ojos y en su forma de andar, desenfadada pero al mismo tiempo elegante. Y en sus manos, en sus labios, en su cuerpo, en su culo... ¡Madre de dios! Acabé peor al salir que al entrar en la ducha.

Y, para colmo, toda la noche estuve soñando con él: me sacaba fotos insinuantes y yo sonreía a la cámara y me dejaba hacer. Me desperté sobresaltada unas cuantas veces, empapada en sudor y con unas cosquillas insoportables en el bajo vientre. ¡Maldito seas, fotógrafo!

La consecuencia de todo eso es que me he levantado hecha polvo esta mañana. Ahora estoy intentando ocultar las ojeras, pero no hay manera. En ese momento entra Cyn en el aseo, fresca como una lechuga y, como siempre, con una gran sonrisa en su bonito rostro. Me aparta con un suave golpe de cadera y se empieza a aplicar rímel.

—Qué mala cara, hija —dice.

No contesto. Me limito a pasarme el cepillo por el pelo en un intento de parecer una persona decente. A estas horas es difícil.

—Me debes una explicación —me recuerda.

Suspiro. Sí, no puedo postergarlo más. Aunque yo bajo unas paradas antes que ella, nos espera un trayecto de quince minutos en metro. Cyn estudia Derecho en la universidad privada y yo Filología en la pública. Como veis, el día y la noche.

Caminamos en silencio, tan sólo interrumpido por el molesto taconeo de mi amiga. Me duele la cabeza y me irrita, pero tampoco voy a empezar a regañar a primera hora de la mañana. Por suerte, tenemos una boca de metro muy cerca de casa, y en unos minutos ya nos encontramos bajando las escaleras.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Tienes el dinero? —me pregunta una vez, bajito, mientras esperamos el metro.

—No —Me encojo ante su virulenta mirada.

—¿Cómo? ¿Ese cabrón no te ha pagado? —levanta la voz.

—No es eso —La intento tranquilizar—. Es que me fui antes de que pudiera hacerlo. Ni siquiera pensé en preguntarle por el dinero.

—Pero, ¿por qué? —Se gira y le sonrío a un chico que se ha situado a nuestro lado. Después vuelve su atención a mí—. ¿Intentó sobrepasarse contigo?

—¿Qué dices? —Llega el metro y entramos a trompicones con el resto de personas medio dormidas. Como cada mañana, no hay asientos libres y nos tenemos que quedar de pie, apretujadas entre los trabajadores y estudiantes—. Es que quería hacerme fotos raras —añado.

—¿Te refieres a fotos guarras? —La señora que está de pie a su lado la mira con mala cara.

—¡Chsss! —siseo—. No sé cómo eran las fotos; no me quedé para enterarme —bajo la voz y me acerco—. Quería que me pusiera un vestido de colegiala.

Cyn se echa a reír sobresaltando a los viajeros más cercanos a nosotras. No sé cómo puede tener tanta energía a estas horas de la mañana. Yo me caigo de sueño y parezco una muerta en vida.



—La verdad es que te pega.

—Esa no es la cuestión —respondo irritada.

—¿Y estabas tú sola?

—Había otro chico en la sesión —Recuerdo al musculitos e inmediatamente aumenta mi mal humor matutino.

—¿Y estaba tan bueno como el fotógrafo?

—¿Qué más da eso?

Cyn me mira como si no me entendiera. Al cabo de unos segundos, suelta ante la mirada horrorizada de la señora de pelo cardado:

—Has imaginado que te lo tirabas, ¿verdad?

—¿Puedes bajar la voz? —Miro a la mujer con una inocente sonrisa para disculparme.

—Pero lo has hecho, ¿no?

No respondo. Cyn da una palmada y me abraza emocionada. Está loquísima.

—Si al final no somos tan diferentes —dice con una pícaro sonrisa.

—La diferencia entre las dos es que tú llevarías la fantasía a la práctica —Le doy un golpe bajo.

Ella chasquea la lengua y me da un golpecito en el hombro.

—Entonces reconoces que tienes fantasías —se le ensancha la sonrisa—. Pero oye, que te entiendo. Cualquiera las tendría con un tío como ese.

—No es eso. Es otra cosa —digo mirando la pantallita. Todavía me quedan dos paradas y tengo unas ganas tremendas de salir ya.

—¿Y qué cosita es? —canturrea. Dios, me dan ganas de matarla. Necesito un poco de silencio por las mañanas y ella nunca me lo concede.

—Fue algo extraño —rumio—. Cuando me tocó, me sentí diferente a cuando lo han hecho otros.

—¿Cómo que te tocó? —Ya está alzando la voz otra vez.

Y la señora continúa mirándola con desagradado. Con cada minuto que pasa siento más vergüenza.

—Que no es lo que tú piensas.

—La cuestión es —Se lleva la mano derecha al pelo y se lo arregla mirándose en la oscura ventanilla— que te ha encantado

—Me clava su iris azul—. ¿Cuánto tiempo llevas sin acostarte con alguien, Sara?

La mujer se remueve incómoda y parece estar a punto de decir algo cuando Cyn le suelta:

—¿Le pasa algo, señora?

Esta se queda con cara de alucinada e intenta alejarse por el atestado pasillo del vagón.

—¡Cyn! —la regaño.

—¿Qué? A ver si no podemos hablar de lo que queramos por culpa de una señora amargada.

Meneo la cabeza y me dispongo a acercarme a la puerta; la próxima es mi parada. Pero Cyn me agarra del brazo.

—Y tal y como él te miraba, tienes posibilidades. Hazme caso, que soy una experta en darme cuenta de esas cosas.

—Hazme un favor: cierra ya la boquita, guapa —Me suelto de su mano.

Cyn se inclina porque es más alta que yo y acerca su mejilla a mis labios. Le planto un beso y le deseo los buenos días.

—Eres una regañona —me dice, divertida.

—Eres tú, que sacas lo peor de mí —me excuso.

Aprieto contra mi pecho los libros que no me caben en la mochila y voy pidiendo a la gente adormilada que me deje pasar. Odio esta hora: todo el mundo va a estudiar y es un caos para tener que salir y entrar, además de los irritantes empujones que te dan unos y otros. Ya hay un par de chicas que me están empujando para colocarse justo delante de la puerta.

Antes de que el vagón se detenga, Cyn me llama. Me giro para ver qué es lo que quiere ahora. A diferencia mía, ella se las apaña muy bien abriéndose paso en lugares abarrotados. Incluso hay algunos chicos que la están dejando pasar, muy contentos de ofrecerle sus servicios. Cuando llega hasta mí, le pregunto:

—¿Adónde vas?

—Oh, nada, sólo quería decirte una cosa. Ayer no me dejaste.

Levanto las manos como preguntándole qué es eso tan importante que le ha hecho venir hasta mí para decírmelo cara a cara.

—En el Museo de Arte Moderno hay una exposición suya hasta mañana —Le brillan los ojos—. Dicen que es muy buena. Eres una capulla, Cynthia García.

Parece que el capullismo se contagia. Estoy yendo hacia el museo. No sé para qué, si nunca me ha interesado realmente la fotografía. Pero siento curiosidad por saber de qué se trata la exposición. ¿Serán chicas vestidas de colegialas o enfermeras? No creo que en el Museo de Arte Moderno dejen exhibir algo así, ¿no?

La cuestión es que he estado toda la mañana pensando en lo de ayer. Y por culpa de pensar en eso no he tratado de encontrar una solución para mi falta de dinero. Me queda un maldito día. Uno. Me van a anular la matrícula. Mira que el año pasado leí casos de estudiantes a los que les habían quitado la beca o les reclamaban parte de ella. Pues este año me ha tocado a mí pasarlas canutas. ¿Y qué voy a hacer, ahora, a mitad del curso sin matrícula, después de haber hecho los exámenes del primer cuatrimestre? Y encima con buenas notas. Esto me confirma que unos nacen con estrella y otros estrellados. Yo debo haberme caído con todo el firmamento sobre mi cabeza.

Me detengo ante el vanguardista edificio y lo contemplo con nerviosismo. En la fachada hay dos carteles publicitarios que informan de las exposiciones de este mes. Una de ellas es sobre la brujería a lo largo de la historia y, la otra, es la de Abel. Tiene un título en alemán, así que no me entero de nada de lo que dice. Pero me llama la atención la foto del anuncio: unos ancianos de rostro arrugado que están sentados cara a cara y se miran con intensidad.

Entonces qué hago, ¿entro? ¿No entro? Un par de transeúntes pasan por mi lado y se me quedan mirando con curiosidad. Es que estoy dando saltitos sobre un pie y otro. Y tengo las manos llenas de libros. Sin pensarlo más, me abalanzo sobre el edificio y traspaso su puerta. Ya estoy aquí. Ahora no me voy a echar atrás. Al fondo de la entrada hay un mostrador y cuando paso por delante, el guardia me llama:

—Perdone, señorita: no se puede entrar con la mochila —Señala el armatoste que llevo colgando de la espalda.

—Oh, lo siento —Apoyo los libros en el mostrador y le doy la mochila. El señor, bajito y rechoncho, la coge y la mete en una taquilla. A continuación hace lo mismo con los libros y me entrega una llave.

—¿Quiere algún folleto?

—Eh... Sí. Uno de la exposición de Abel Ruiz —digo con voz temblorosa. Pero bueno, parezco gilipollas. A este señor le da igual que vaya a ver eso o a resguardarme del frío.

—Aquí tiene. —Me entrega un papel doblado y le doy las gracias.

En el folleto dice que la exposición está en la primera planta, así que me dirijo a las escaleras. No me encuentro con nadie por el camino. Los miércoles salgo antes de clase y no es normal que la gente venga al museo a las doce de la mañana. Por fin llego al primer piso y me encuentro ante una sala repleta de fotografías. Me detengo unos segundos para leer la biografía de Abel. Nació en Madrid, aunque se trasladó a Valencia a los diez años. Tiene veintiocho años y se dedica a la fotografía desde hace diez, aunque desde siempre ha sido su afición. Después pone premios y galardones que ha recibido por su trabajo. Nada más. Bueno, ¿y qué esperaba que pusiera en un folleto informativo? ¿Cuál es su color preferido? ¿Qué hace en su tiempo libre? ¿Cuántas novias ha tenido?

Me río de mi propia ocurrencia y camino hacia la primera fotografía. Tras echar una ojeada a mi alrededor, me doy cuenta de que todas son en blanco y negro. Ese es un detalle que me gusta. Esta es la de los ancianos que se anunciaba en la fachada. La forma en que se miran hace que sienta un escalofrío. Parece que se adoren, que se amen y deseen, todo en una. ¿Serán matrimonio esos adorables abuelitos? Porque si no, son unos modelos perfectos.

Me dirijo a la siguiente foto y contengo la respiración. Se trata de una mujer de mediana edad, con la cara quemada, que sostiene en brazos a una chiquilla de unos tres años. Posiblemente su hija. Pero lo que me deja sin habla es el modo en que la nena mira a la mujer: veo en sus ojos un amor por encima de todo. Tiene una manita apoyada en la mejilla de su

madre, como si se la estuviera acariciando. Es precioso. Se me han puesto hasta los pelos de punta.

En la siguiente aparecen dos jóvenes, un chico y una chica. Ella es terriblemente hermosa y, sin entender por qué, siento un pinchazo en el estómago. Me molesta un poco que esta muchacha haya posado para Abel. Pero, ¿por qué cojones me tiene que importar a mí eso? Estoy hasta la coronilla de mi actitud de adolescente con las hormonas revolucionadas. Me concentro en la foto una vez más. El chico no tiene piernas, pero sonrío con una gran felicidad. Ella también está riendo, abrazándolo desde atrás. Parecen muy felices.

Durante unos quince minutos me dedico a contemplar las fotos. En algunas me quedo atontada, impresionada por la belleza que me transmiten. Es como si Abel supiera captar lo mejor de todas esas personas que salen en ellas y reflejarlo en su trabajo. No puedo evitar sentirme incómoda. Quizá me equivoqué con él. ¡Pero es que lo que pretendía que me pusiera no tiene nada que ver con esto! Aquí no hay enfermeras ni colegialas *sexys*, sino hombres y mujeres normales, pero que son increíblemente hermosos a través de su lente.

Me quedo en el centro de la sala un rato, echando un vistazo desde lejos a cada una de las fotos. En serio, son increíbles. Es cierto que es muy bueno. A pesar de mis pocos conocimientos, me doy cuenta de ello. Me han transmitido un sinfín de sensaciones y mientras bajo las escaleras pienso en ellas. Quizá vuelva mañana para contemplar las fotos por última vez.

El guardia me da la mochila y los libros y me pregunta si me ha gustado. Asiento con entusiasmo. Me cuelgo la mochila y me despido de él con la cabeza, ya que tengo los brazos ocupados. Me doy la vuelta y entonces lo veo. Está entrando por la puerta acompañado de dos hombres y una mujer. Mierda, mierda. ¿Qué hago? ¡No quiero que me vea aquí! Me giro para correr hacia la otra exposición y esconderme, pero mi torpeza hace que tropiece con la mullida alfombra y que a punto esté de caerme. Un par de libros aterrizan en el suelo. Me agacho de inmediato para recogerlos y entonces, una sombra se cierne sobre mí. Me ayuda a coger el libro que me

queda. Yo me mantengo acuclillada mientras alargo la mano para recibirlo. Intento que no me vea la cara.

—¿Sara?

Joder. Me ha reconocido. Y encima se acuerda de mi nombre. Sin más remedio, alzo la barbilla y le sonrío de forma nerviosa desde abajo.

No recordaba lo alto que era.

No recordaba lo atractivo que es.

No me acordaba de lo *sexy* que puede ser un hombre vestido de traje, aunque sea informal.

No había pensado en que a él le pudiera sentar tan bien.

## 4



Me levanto tan rápido que Abel se tiene que apartar para que no le dé un golpe en la barbilla. Se me queda observando con extrañeza. Yo lo miro disimuladamente. Lleva el pelo arreglado, con lo que no tiene el aspecto leonino de ayer, pero la elegancia le sienta igual de bien o casi más. Aparto los ojos de su cara para que no piense que le observo demasiado.

—¿Has venido a ver mi exposición? —me pregunta muy serio. Me gustaría que sonriese porque así apenas se le marcan los hoyuelos.

Soy imbécil. Debería de haber pensado que él podría aparecer por allí. Al fin y al cabo, es la exposición de sus trabajos.

—No, no —me apresuro a contestar—. La de las brujas. Qué casualidad, ¿eh? —Suelto una risita.

Él pasea su mirada por mi cuerpo y frunce el ceño.

—¿Entonces por qué llevas un folleto de la mía? —Señala el tríptico que sostengo en mi mano junto con los libros. Mierda, no lo recordaba.

Para disimular, finjo que no me he dado cuenta y le indico con un dedo que espere. Voy hasta el guardia, que se encuentra hablando con los acompañantes de Abel, y le digo:

—Perdone, es que me ha dado información equivocada.

El hombre pone cara de no entender nada. Le guiño un ojo pero, como es de esperar, se queda con la boca abierta totalmente confundido.

—No, pero si antes usted...

—Deme uno de las brujas, por favor —insisto con impaciencia.

Los otros me miran con curiosidad y les dedico una sonrisa. Cuando por fin el guardia me da los papeles, regreso donde me espera Abel. Con nerviosismo me doy cuenta de que no me ha quitado la vista de encima en este pequeño momento en que me he alejado. La notaba clavada en mi espalda. Y ahora continúa ahí, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones negros, y escrutándome con una expresión indescifrable en el rostro.

No, definitivamente esto no es normal. No lo es que me suden tanto las manos y que me esté excitando aquí, en el Museo de Arte Moderno, tan sólo por saberme observada por él.

—¿No vas a ir a la mía? —Parece un poco molesto.

—Es que he quedado dentro de nada —me excuso. Es mentira, claro—. Quizá mañana. —Intento arreglarlo.

Se pasa un dedo por la barbilla y me pregunta:

—¿Te has pensado lo de ayer?

—No hay nada que pensar. Ayer te dije ya que no me gustan ese tipo de fotos.

—No sé qué quieres decir con eso. —Se adelanta un paso y yo doy uno hacia atrás. Parece que vayamos a bailar un tango.

—Claro que lo sabes —¿Se cree que soy tonta?

—Sólo es arte. —Se encoge de hombros y sonrío. Me fijo en sus dientes por primera vez. Vaya, también los tiene muy blancos y de un tamaño ideal. Me está empezando a molestar tanta perfección. Algún fallo tiene que tener por algún lado.

—Para mí son violentas —me atrevo a decir.

Se cruza de brazos y arquea una ceja. Yo me atrevo a sostener su mirada. Oh, no, espera. Es demasiado profunda. No sé qué significa. No entiendo de esto como Cyn. Ya podría estar aquí ayudándome. Me siento muy pequeñita ante la insolente mirada de este hombre.

—No serás como Ana Ozores, ¿no? —Apunta con su dedo el primer libro de la pila.

Arrugo la nariz. No le he entendido. Ana Ozores es la protagonista de *La Regenta*, una mujer joven casada con un hombre



mayor que la trata más como a una hija que como a una mujer. En ocasiones a ella le dan ataques a causa de la represión de sus impulsos sexuales, de los cuales piensa que son pecados.

Ah, vale. ¿Era eso a lo que se refería? Pues ya le he encontrado el fallo: es un maleducado. Y no me van para nada ese tipo de tíos. Para maleducada yo. Suelto un bufido y me doy la vuelta.

—¿No ibas a ver la exposición de la brujería? —le oigo preguntar a mis espaldas. Su tono de voz es burlón.

—Ya vendré mañana —contesto de mala manera, dirigiéndome a la salida.

—Tengo algo que me gustaría darte —dice de forma enigmática. Me detengo y me giro para mirarle extrañada. ¿A qué se refiere? ¿Me dejó algo en su casa? Yo creo que cogí el bolso, y la chaqueta... Se acerca y se coloca a tan sólo unos centímetros. Estamos separados únicamente por mis libros. Pasa los dedos por sus lomos, leyendo en susurros los títulos—. Me gustan las mujeres que leen.

Oh, vaya por Dios. Sólo faltaba eso. Se quiere hacer el interesante. Eso o que Cyn tenía razón y está intentando ligar conmigo. Pero no lo sé. Soy muy torpe para estas cosas y nunca me entero cuando un chico está coqueteando conmigo. A mí lo que me parece es que Abel es un cretino al que le gusta quedarse con las chicas.

—¡Ah! —Es mi única respuesta. Quiero sonar indiferente, pero no sé si se lo habrá tragado porque ese «ah» ha sonado más como un gemido debido a que, al estar inclinado para leer, su pelo me roza la cara. Qué bien le huele, joder. Y qué suave lo tiene. Me dan hasta ganas de acariciárselo y preguntarle el champú que usa.

Alza la barbilla y me mira. Está tan cerca que descubrirá todas mis imperfecciones cutáneas. Pero... ¿tiene también la respiración acelerada o es tan sólo producto de mi imaginación? Sus labios están demasiado próximos; casi puedo rozarlos con los míos.

Basta. Para de comportarte así. Este tío sabe lo que provoca en el sexo femenino y se está burlando. No voy a ser como todas. Respiro hondo y me obligo a apartarme. También me

gustaría responderle con alguno de mis comentarios mordaces, pero es que es como si los hubiese perdido todos. De todos modos, tengo una buena razón para dejarle aquí plantado: antes ha insinuado que soy una estrecha. Vamos, que en realidad es un capullo.

Aprieto los labios con fuerza y logro separarme. Todavía noto el temblor de piernas. Él tiene los labios entreabiertos y un poco húmedos. Está muy serio y entrecierra los ojos.

—Recuerda, tengo algo para ti que te gustará —me repite en voz baja cerca del oído.

Me asciende una cosquilla desde las ingles hasta el estómago. Se retira y esboza una sonrisa. Los hoyuelos se asoman a sus mejillas. Quiero preguntarle que a qué se refiere con lo que me ha dicho, pero no soy capaz de articular palabra y, por si fuera poco, uno de los hombres se adelanta para decirle algo.

—Tenemos que organizar los últimos detalles de la presentación de esta tarde —me explica Abel—. ¿Te gustaría venir?

Niego con la cabeza, aterrada.

—Tengo cosas que hacer.

—Termina a las siete y después hay una degustación de vino. Pero yo me iré al estudio en cuanto acabe. —¿Para qué me da toda esa información?—. Pásate —Es casi una orden. Me toca la nariz con el dedo índice y sonrío de manera socarrona.

Voy a protestar, pero me deja con la palabra en la boca y se marcha dentro con sus acompañantes. ¿De qué va? ¿Qué pretende con esa invitación? ¿Qué pinto yo en su piso? Por nada del mundo voy a ir; sólo faltaba que me tomase por una de esas mujeres que cumplirán todos sus deseos. Si yo fuera una persona que piensa mal, ya le habría soltado un sopapo. Pero me contengo porque, en el fondo, intento creer que está bromeando. No tengo tiempo para ir a su piso como una tonta.

De camino a casa, mi mente retorna a la manera de conseguir el dinero para la matrícula. Sólo se me ocurren ideas descabelladas. Una de ellas me parece que es caer muy bajo, pero es que estoy desesperada. He pensado que quizá podría pedirle el dinero a mi ex. Quedamos como amigos y muchas veces he sido yo la que le ha prestado a él. Aunque hace al

menos medio año que no hablamos y tampoco quiero parecer una aprovechada. Ay, Jesús, ¿qué voy a hacer?

Cuando llego a casa me dejo caer inmediatamente en el sofá. Hoy me toca hacer la comida a mí, pero no tengo ganas de nada. Tan sólo quiero acurrucarme y ponerme a llorar, y es lo que hago hasta que pasado el mediodía regresa Cyn y me encuentra en posición fetal y sonándome los mocos.

—¿Qué pasa? —Tira el bolso y corre hacia mí.

Me incorporo con lentitud y la miro por entre las lágrimas.

—Pues que no quiero que me anulen la matrícula. He luchado mucho para llegar hasta aquí —sollozo.

—Oh, cariño —Me abraza y me seca las lágrimas con sus dedos de uñas rosa chicle.

—He pensado en pedirselo a Santi.

—¿Qué dices? —Me zarandea por los hombros—. ¡Ni hablar! No hay que mantener una relación tan estrecha con los ex novios.

—¿Relación estrecha? Ni que le fuese a pedir en matrimonio.

—Se empieza pidiendo dinero y se acaba volviendo. —Cuando dirige sus ojos hacia mí yo le ofrezco una mirada mortífera, pero le da igual—. Con él no tenías futuro. Y tú ahora estás muy bien así solita.

—No pretendo volver con él —me quejo, perdiendo la poca paciencia que me queda—. Sólo quiero un poco de ayuda.

—Puedo pedirle a mi madre un adelanto de la paga —propone Cyn.

Le cojo las manos y se las aprieto con cariño.

—Gracias, Cyn, pero todavía faltarían ciento cincuenta euros.

Se queda pensativa y, de repente, suelta un grito que hace que yo pegue un brinco:

—¿Y por qué no se lo pides al fotógrafo?

—¿A santo de qué?

—¿Estás tonta? Te hizo unas fotos, ¿no? Pues que te las pague.

—No terminé la sesión —le recuerdo de mala gana.

—Pero al menos te tendrá que pagar la mitad, ¿no?

Mi cara la convence de que me parece una mala idea y de que no voy a dar el brazo a torcer. Al cabo de un minuto se

levanta para prepararnos algo de comer. Mete una pizza en el horno y me doy cuenta de que estoy hambrienta al oler su aroma. Cuando la trae ni me espero a que se enfríe, y como resultado me quemo la lengua.

—¡Ay! —me quejo.

—Oye, ¿y has pensado en ir a la exposición o qué? —Muerde un trozo de pizza—. ¿Quieres que te acompañe?

No sé qué contestar. No sé si confesarle que ya he estado allí. Pero como no sé fingir, ella nota algo en mi cara. Eso y que ya me conoce mucho. Qué lata.

—¡Ya has ido! —exclama, dejando su porción en el plato. Se arrima a mí—. Y qué, ¿te ha gustado?

Recuerdo las fotos y sonrío. Cyn me da golpecitos en el brazo.

—La verdad es que me ha sorprendido. —Cojo un trocito de jamón y me lo meto en la boca.

—Te dije que era bueno —Sonríe satisfecha. Da otro mordisco a su pizza y me mira sin dejar de masticar. Traga y dice—: Tú me estás ocultando algo.

La miro de reojo y finjo concentrarme en el queso de mi porción. Pero Cyn no deja de observarme y, en serio, al cabo de unos minutos resulta muy incómodo. Es una táctica que utiliza cuando quiere que haga algo o que confiese algún secreto. Y la verdad es que le funciona muy bien.

—Me lo he encontrado allí —suelto al fin.

—¿En serio? ¡Joder, qué bien! Menuda casualidad. ¿Y él te ha visto? ¿Habéis hablado?

Le explico lo ocurrido mientras terminamos de comer. Da un trago a su vaso de agua antes de darme su opinión.

—A ese tío le gustas.

—¿Qué le voy a gustar? Lo que le gustará es jugar con las tías.

—Pues juega con él.

—No me apetece. —Me niego a seguir el rollo a un tío como ese.

—Tienes que ir a su piso —dice Cyn—. Si sus palabras han sido como las que tú me has dicho, está claro que lo que quiere es enseñarte su... —no la dejo terminar.

Me pongo roja y le suelto un sopapo con el cojín. Ella se ríe divertida y me lo devuelve. A punto estamos de tirar los vasos al suelo. Recoge los platos y va hacia la cocina.

—Deja de hacerte la dura —me grita mientras friega—. ¡El fotógrafo te gusta y no lo quieres reconocer!

Durante el resto de la tarde pienso en eso. Puede que me atraiga pero, ¿y qué? Es sólo eso. Atracción y punto. Tampoco es la primera vez que me pasa. Aunque es diferente. Me siento demasiado ansiosa cuando está cerca. Y en estos dos días que nos hemos visto he experimentado más sensaciones que en toda mi vida. Y eso sólo con su presencia. A lo mejor es que tengo las hormonas revolucionadas por el estrés. Sí, debe de ser eso.

Pasamos toda la tarde comiendo dulces y palomitas frente a la tele. A las ocho me levanto del sofá para coger el móvil y llamar a Santi. Definitivamente voy a pedirle la pasta. Cyn aparta la vista del programa que está viendo para dedicarme un gesto de reproche. Pero paso de ella. No tengo otra.

Estoy a punto de marcar el número de mi ex cuando me llega un wasap. Lo abro y tengo un sobresalto al leer el mensaje.

«Estoy ya en el estudio».

¿Para qué se guardó mi número en la agenda? Hago yo lo mismo con el suyo con la intención de cotillearle la foto de perfil. Se trata de uno de sus trabajos: un hermoso atardecer en una playa con un niño de espaldas a la cámara. Sus fotos son todo lo contrario a lo que él aparenta ser.

—¿Quién es? —me pregunta Cyn.

—Nada, una amiga —miento.

Vuelca de nuevo toda su atención en el programa de televisión. Mientras tanto, yo leo el mensaje una y otra vez. Veo que Abel está aún en línea. ¿Estará esperando una respuesta? Pues que lo haga sentado porque no voy a contestar. Se está pasando de atrevido. Apenas nos conocemos, no le he dado permiso para añadirme al WhatsApp y, para colmo, se ve que me ha tomado por una chica de la que se puede burlar. Como ya me he puesto nerviosa, decido postergar a mañana la llamada a mi ex.

Me voy a dormir temprano y una vez en la cama no puedo conciliar el sueño. Doy vueltas y más vueltas y al fin, desisto. Poco a poco la modorra me va venciendo. Se me están cerrando los ojos cuando oigo el pitido del móvil. ¿Quién será a esas horas? Lo abro y me encuentro con otro mensaje suyo.

«Te he estado esperando. ¿Dónde te has metido? Sigo estando aquí solo».

Inmediatamente mi mente se deja llevar y me imagino una escenita caliente. Contengo la respiración y me avergüenzo de mí misma.

—¡Gilipollas! —Apago el móvil y lo lanzo a los pies de la cama. Es evidente que sólo se refiere a las fotos, pero sabe cómo emplear el doble sentido.

Tras eso, todavía me cuesta más dormirme.